

JOSÉ QUIROGA. *Cuban Palimpsests*. Minneapolis/Londres: The University of Minnesota Press, 2005.

Este es el libro más lúcido que se ha escrito sobre la Cuba contemporánea, al menos sobre el llamado “Período especial en tiempos de paz”, esto es, durante la década de los noventa y aun hasta el presente. La tesis de Quiroga que su libro explora es, sobre la base de imágenes visuales y palabras –en la fotografía, la literatura, la música y el filme–, la memoria colectiva y el recuento de sus efectos sobre la percepción de la temporalidad en Cuba. En este entramado de imágenes, ideas y palabras se abren posibilidades de interpretaciones y conexiones escondidas que permiten una mayor comprensión de una realidad extremadamente compleja.

La idea de palimpsesto es absolutamente pertinente para referirse al contenido y la forma del trabajo de Quiroga. Como se sabe, palimpsesto es una palabra que viene del griego y se refiere a un objeto o lugar sobre el cual se han yuxtapuesto tantas escrituras, que lo que queda es una espesura de significados que no es posible descifrar cronológicamente, sino más bien comprender en toda su complejidad. Esto es precisamente lo que hace Quiroga en este libro, y lo logra sin necesidad de terminologías de moda, aunque para el lector avisado su lectura denota un profundo conocimiento de las ideas más importantes de nuestra época, especialmente de algunos conceptos foucaultianos sobre el poder, el estado, la subjetividad, el tiempo y el espacio.

El libro está organizado en siete capítulos precedidos de un prefacio y una introducción. Cada capítulo puede leerse independientemente de los demás, pero a la vez cada uno de ellos va añadiendo una capa más de significados a las ideas centrales del libro. Además, cada capítulo tiene como punto de imantación un sitio donde la memoria colectiva ilumina de manera privilegiada la situación de la realidad cubana presente. Muchos de los planteamientos principales del libro se exponen en el prefacio y la introducción, y luego se desarrollan a lo largo de los capítulos.

Una de las ideas principales que atraviesa todo el trabajo es que en Cuba los años noventa eran el futuro de las aspiraciones revolucionarias de los sesenta, y es debido precisamente al fracaso de estas aspiraciones que el régimen cubano se vio en la necesidad de inventar una adaptación radical a la teleología pasada. Según Quiroga, en el “Período especial” no se trataba de la memoria sino de la “memorialización” o conmemoración pública del recuerdo de algo que en realidad nunca se logró, y que por tanto produjo en

gran parte de la población un resentimiento melancólico generalizado. La narrativa heroica revolucionaria había caído en un estado de grave peligro de muerte.

Entre los muchos asuntos que Quiroga analiza con enorme agudeza en este libro, se pueden mencionar los eventos relacionados con Elián González y sus consecuencias desastrosas para la imagen del exilio cubano en Miami; la ruina de La Habana; el diálogo entre cubanos de las dos orillas en 1978; la literatura de cubanos y cubano-americanos y su difícil relación con sus respectivos contextos; la importancia y los posibles significados del arte de Ana Mendieta; la música popular y su relación con el estado; el tipo de imagen de Cuba en los primeros años de la Revolución y el contraste con la imagen del “Período especial”; la importancia del cine y la fotografía en Cuba; y las historias de espionaje mutuo entre Cuba y los Estados Unidos.

El primer capítulo y el último son buenos ejemplos de la agudeza intelectual que Quiroga demuestra en este libro. En el primero, Quiroga escoge para su estudio entre otros eventos e imágenes, las dos visitas de Fidel al Hotel Theresa en Harlem. La primera de estas visitas fue en 1960, cuando la Revolución estaba empezando y había cautivado la imaginación del mundo con su narrativa heroica que reinventaba el pasado y prometía un futuro mejor, y la última tuvo lugar en 1995, en medio del “Período especial” en que el estado cubano se empeñaba en construir una temporalidad vacía para tratar de sobreponerse al colapso económico –producido por los efectos que la desaparición del bloque soviético había causado en la isla– a base de revivir las imágenes de los sesenta. Este esfuerzo por revivir una época reciente, se hace como una manera desesperada de mantener vivos el patriotismo y el nacionalismo, y así lograr que el estado cubano gane tiempo con la esperanza de que algo cambie a su favor. Aunque la supervivencia del estado se ha logrado, el resultado es más que nada un gran resentimiento de la población, que ahora no sólo está dividida en una versión oficial y otra disidente, sino también en una generación mayor de cuarenta años dominada por la melancolía del recuerdo de una promesa que nunca se materializó, y otra generación más joven que sólo puede percibir la realidad cubana en términos de absoluta falta de idealismo. Entre los muchos ejemplos que da Quiroga de la representación de este resentimiento desesperanzado se encuentran el “realismo sucio” de Pedro Juan Gutiérrez, y algunas de las obras de Antonio José Ponte.

El último capítulo, cuyo título podría traducirse como “El libro de los muertos en el contexto cubano”, también apela a una estrategia discursiva parecida a la utilizada en otros capítulos del libro, esto es: la comparación y contraste de eventos muy diferentes en apariencia, pero cuyas relaciones posibles sirven para suscitar significados poco obvios de la realidad cubana. Los dos eventos sobresalientes analizados en este capítulo son los velorios múltiples (en Miami y en Nueva York) de Celia Cruz, y los varios entierros de los restos del Che Guevara. Entre las muchas revelaciones que se desprenden de los viajes de los cadáveres de estas dos figuras, podemos mencionar el hecho de que estos siguen teniendo un significado que va más allá de lo que las instituciones y posiciones políticas quieren darles, significado que no se puede contener dentro de los límites de tales instituciones y posiciones políticas. Como el cadáver de la película *Guantanamera*, los de Celia y el Che viajan y significan de manera sobredeterminada.

Siguiendo las instrucciones precisas y detalladas que Celia dejó para sus velorios y entierro, su cadáver fue transportado de Nueva Jersey, donde Celia murió, a Miami, donde fue velado en el famoso edificio del Freedom Tower (más conocido entre los cubanos exilados como El Refugio), luego transportado a la iglesia católica del Gesú, y de allí vuelto a transportar para ser velado con diferente indumentaria en el Upper East Side de Manhattan, y finalmente enterrado en el cementerio de Woodlawn en el Bronx. Al lado del sarcófago en donde estaba el cadáver de Celia había una urna con tierra cubana, y Pedro Knight, el viudo de Celia, expresó su sueño de poder llevar algún día los restos de Celia para que descansan en suelo cubano. No obstante, a pesar de los esfuerzos por contener el significado de esta figura dentro del marco del exilio cubano, y a pesar de lo mucho que ella había criticado al régimen socialista de la isla, la cubanísima Celia no sólo se hizo muy internacional en vida, sino que ahora el simbolismo de su cadáver se hacía cada vez más transnacional a medida que viajaba de un lugar a otro. Sus restos no fueron enterrados en Miami, sino en el Bronx, y su velorio no fue exclusivo de la capital del exilio cubano, sino que también el evento funerario se extendió a Nueva York: primero a Manhattan (donde la aglomeración del velorio fue comparada con la de Judy Garland en 1969), símbolo de la internacionalidad, y luego al Bronx, lugar donde los más humildes caribeños y latinos veneraban a la Reina de la Salsa desde hacía muchos años. Muy cubana, muy exilada, pero además muy internacional y, por diseño propio, muy consciente de la necesidad de que una clase más pobre de otros caribeños y latinos participara también de su viaje extraordinario por la vida y la muerte.

En cuanto al cadáver del Che, su viaje fue más despacioso y en otro contexto, y no fue, como en el caso de Celia, la música lo que le dio la fama, sino la política revolucionaria. Aun para los que conocíamos los detalles de la muerte y múltiples entierros del Che, el enfoque de Quiroga despierta nuevas asociaciones. Como se sabe, el Che nació en la Argentina, pero su fama política surgió a partir de su participación en la Revolución Cubana, y finalmente su heroicidad lo llevó a Bolivia, donde encontró su muerte. Después de su dramática muerte en Bolivia, quedó la pregunta de qué se había hecho con su cadáver. Se sospechaba que lo habían enterrado en un lugar de Bolivia llamado Vallegrande, pero se tenían dudas sobre esto. Le cortaron las manos después de muerto, y se las enviaron al gobierno cubano, el cual las ha mantenido expuestas en el Palacio de la Revolución en La Habana. En 1997, se encontraron los restos del Che y se envió el cadáver a Cuba, pero no fue enterrado en La Habana sino en Santa Clara (lugar en el que el Che había logrado sus mayores éxitos militares durante la guerra), donde el gobierno cubano construyó un monumento en su memoria. La imagen iconográfica tan conocida del Che adquirió un nuevo significado con la aparición, traslado y sepultura de su cadáver. Si en vida el Che se había distinguido por su internacionalismo, en la muerte parecía que se estaba tratando de naturalizar, de cubanizar su simbolismo. Si en el caso de Celia, sus restos fueron de lo más local a lo más transnacional, en el del Che de cierta manera se trataba de cubanizar su figura eminentemente internacional. En ambos casos, se trata de un pasado que aunque no esté completamente muerto, en el presente los muertos parecen ocupar el lugar de los vivos.

La originalidad de estas y otras ideas del libro de Quiroga no se limita solamente al contenido, sino también a la manera de enfocar sus objetos de estudio. No es un texto estrictamente histórico ni literario, no es una historia de la literatura, de la música, del arte o de la Revolución del 1959, ni tampoco un mero recuento personal del autor, pero aun así participa de todos estos discursos y los yuxtapone en múltiples capas de significados de diversas épocas. No es que la nueva capa de significados más reciente desplace a las anteriores, sino que tal yuxtaposición desmantela tanto el privilegio del pasado como la implícita eternidad del presente, enriqueciendo el conocimiento sobre la realidad cubana.

El texto de Quiroga es un juego complejo entre la memoria y la conmemoración pública, que va hilvanando una reflexión que incluye múltiples discursos de manera migratoria, como viajando de un espacio a otro, pero sin dejar de mostrar una intensidad de emoción apenas contenida y a la vez siempre distanciada, que a menudo resulta en una prosa sumamente poética. Debe añadirse que durante todo el trabajo Quiroga se mantiene en una difícil equidistancia política tanto del exilio como del estado cubano, lo cual hace de este libro algo poco común pero acaso necesario en el contexto cubano. Además, su enfoque suscita ideas a base del desmantelamiento de acercamientos tradicionales a este tipo de problemas para así verlos de manera renovada. Considero que este enfoque le permite a Quiroga mostrar más que lo que se sugiere en otras maneras de crítica cultural. La enorme riqueza de este libro hace que sea una lectura necesaria para la comprensión profunda de la situación cubana, por lo menos de los últimos quince años. Es precisamente esta riqueza de ideas y reflexiones el mayor obstáculo para hacer un breve comentario de este trabajo.

*University of California at Davis*

EMILIO BEJEL